

TEMARIO 4 DE E.S.O. RELIGIÓN Y MORAL CATÓLICA.

ÍNDICE DE TEMAS.

PRIMER TEMA: LOS CRISTIANOS EN EL MUNDO.

SEGUNDO TEMA: EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO.

TERCER TEMA: EL SACRAMENTO DEL ORDEN.

**CUARTO TEMA: EL CRISTIANO ANTE LOS BIENES
MATERIALES.**

QUINTO TEMA: LOS CRISTIANOS AL SERVICIO DE LA VERDAD.

SEXTO TEMA: LLAMADOS A UNA VIDA PARA SIEMPRE.

SÉPTIMO TEMA: SENTIDO CRISTIANO DEL DOLOR Y LA MUERTE.

OCTAVO TEMA: EL MÁS ALLÁ.

NOVENO TEMA: EL DESTINO FINAL.

Criterios de Evaluación.

1. Asistencia a las clases.
2. Participación en las mismas.
3. Realización positiva de ejercicios y pruebas (3 sobre 10).
4. Comportamiento adecuado.

TEMA 1: LOS CRISTIANOS EN EL MUNDO.

OBJETIVOS.

Reconocer la posición y los elementos actuales que deben de conocer y vivir los que se consideran cristianos en el mundo de hoy.

MIRADA A LA REALIDAD CULTURAL.

La sociedad está profundamente determinada por la influencia que en ella ejerce el predominio de la ciencia y la técnica. Sus aportaciones están proporcionando a la humanidad un nuevo estilo de ser y de vivir, insospechados en el pasado. Estas conquistas científico-técnicas del presente son consideradas como grandes cuotas de progreso para la humanidad.

De hecho se puede hablar con propiedad de una nueva época cultural, por los profundos cambios que estas conquistas están originando en el campo social, profesional o familiar:

- *El desarrollo de las comunicaciones y de los transportes hacen posible un nuevo modo de vida.*
- *La humanización del trabajo dignifica a las personas y sus capacidades.*
- *La solidaridad entre los pueblos permite una digna comunicación de bienes.*
- *La tolerancia ayuda a descubrir el valor humanizador de la comprensión, el servicio y el reconocimiento del otro.*
- *El desarrollo espectacular de la medicina garantiza una mayor calidad de vida y prolonga los años de las personas.*
- *Los pactos internacionales alejan los peligros de la guerra y fomentan la cooperación entre los pueblos.*

• Sin embargo, cuando el progreso se realiza a costa de las personas y de los pueblos, entonces tiene lugar una corriente destructiva que da lugar a la llamada "CULTURA DE LA MUERTE". Tiene entre otros estos rasgos:

- *Primacía de lo material sobre cualquier otro aspecto determinante de la persona. Lo que realmente importa es tener y poseer: dinero, poder, influencia, prestigio, etc...*
- *Deseo desordenado de consumir aquellas cosas y realidades que pueden producir placer y satisfacción. El placer, entonces, se convierte en la única y principal norma de conducta.*
- *Actitudes de conducta permisiva, que justifica cualquier comportamiento, sin otra normativa que la propia voluntad o la conveniencia del grupo.*

• Una mirada a la realidad cultural nos dice que las grandes conquistas científico-técnicas pueden favorecer a la civilización o destruirla.

UN MUNDO HERIDO POR EL PECADO.

- La búsqueda insaciable de los bienes materiales, que conduce a considerarlos como el único bien generador de felicidad y justifica, además, cualquier conducta con tal de alcanzarlas.
- La consideración del hombre como ser absoluto, que lleva a pensar que él es el centro y la razón de ser de la humanidad.
- El deseo de configurar la humanidad a la luz de los propios planteamientos ideológicos, instrumentalizando a las personas a su servicio.
- La gran desconfianza entre las personas, como fruto de los fracasos y de las frustraciones.

Y en este mundo herido por el pecado donde los discípulos de Jesús están llamados a vivir y a hacer presente la misión salvadora y transformadora que ofrece Jesucristo con la redención.

A través de toda la historia humana existe una dura batalla contra el poder de las tinieblas, que iniciada en los orígenes del mundo, durará hasta el día final.

INSTAURACIÓN DEL REINO.

Este mundo está llamado a la plenitud. Ésta es la promesa que comienza a cumplirse con Jesús al instaurar el reino de Dios. Para explicar su sentido, Jesús utiliza distintas parábolas con las que describe cómo es este Reino, cómo debe ser anunciado en el mundo y cómo debe ser acogido. Por medio de estas comparaciones se pueden descubrir algunas de sus características:

- **REINO DE GRACIA.** El reino de Dios es un don gratuito de Dios a toda la creación. Es el amor de Dios que se hace presente en la vida del hombre. Cuando las personas se dan cuenta de que Dios las ama, abren su corazón y lo acogen con inmensa alegría (Mt 13, 44-46).
- **REINO UNIVERSAL.** Nada ni nadie queda excluido del reino de Dios. Jesús dejó muy clara la UNIVERSALIDAD del Reino de Dios acogiendo con predilección a los enfermos, los publicanos y los pecadores, los niños y las mujeres, etc y envía a sus apóstoles a anunciar su reino a todos los pueblos. (Mt 13, 31-32).
- **REINO DE VIDA Y DE GOZO.** La fuerza del Reino de Dios penetra en toda la creación para sanarla y salvarla. Dios reina entre los hombres comunicándoles su propia vida, que da sentido y esperanza (Mt 13,33).
- **REINO DE LIBERTAD.** Con este Reino el hombre sólo tiene a Dios como su único Señor. Las personas quedan liberadas de cualquier otra esclavitud material, política o ideológica, con la posesión de la verdad y el perdón del pecado que les esclaviza.

Jesús proclama esta liberación con la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32).

Con la venida de Jesucristo da comienzo la instauración de este Reino. Es más, Él es el mismo reino de Dios. En Él, la humanidad, herida por el pecado, recibe del Padre la victoria y la glorificación que será definitiva al final de los tiempos.

EL REINO DE DIOS ESTÁ ENTRE VOSOTROS (LC 17,21).

“Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio”. (Mt 1, 15).

Para acoger el Reino de Dios es necesario vivir la experiencia de la conversión, por la que el hombre se introduce en su interior para descubrir allí el amor de Dios. Y es precisamente en el interior de la persona donde se encuentra el Reino de Dios.

“Preguntado por los fariseos acerca de cuando llegaría el Reino de Dios, les respondió diciendo: No viene el Reino de Dios ostensiblemente. Ni podrá decirse helo aquí o allí, porque el Reino de Dios está entre vosotros”. (Lc 17,20-21).

Esta conversión tiene su origen en la llamada que Dios hace a cada uno a la plenitud de vida y en la correspondiente respuesta del hombre.

El seguimiento de Jesús se hace a través de las Bienaventuranzas que nos marcan el camino asumiendo y perfeccionando, el Decálogo y ofreciendo un nuevo estilo de vida para vivir estas exigencias.

TEMA 2. EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO.

OBJETIVOS.

Como se ve desde la Iglesia y como se vive por parte de la comunidad cristiana.

En la actualidad, la familia sigue importando a la sociedad:

- La celebración de un matrimonio es un acontecimiento social y familiar.
- Es significativo para los demás que dos jóvenes enamorados formalicen un noviazgo estable.
- La fidelidad de dos esposos produce admiración, alegría y reconocimiento.
- Cualquier tipo de ruptura matrimonial es siempre una desgracia que deja secuelas negativas.
- Sorprende saber que dos jóvenes enamorados rechacen el matrimonio.
- Defendemos una mentalidad acusadamente ecologista que es a la vez antinatalista.

LA FAMILIA HOY

En la vida del varón y de la mujer hay un momento en que normalmente brota el amor entre ellos, por el que deciden establecer una unión estable de vida, y formar una familia. Esta decisión y compromiso de vida y de amor se llama matrimonio.

En el matrimonio los esposos se entregan libremente el uno al otro para vivir una única existencia en el seno de la familia. Pero la familia no es solo un asunto de dos. Se inserta en la misma sociedad. Es más, se puede decir que es la célula de la sociedad.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA Nº 2.207.

La familia es la célula original de la vida social. Es la sociedad natural en que el hombre y la mujer son llamados al don de sí en el amor y en el don de la vida.

FAMILIA Y SOCIEDAD

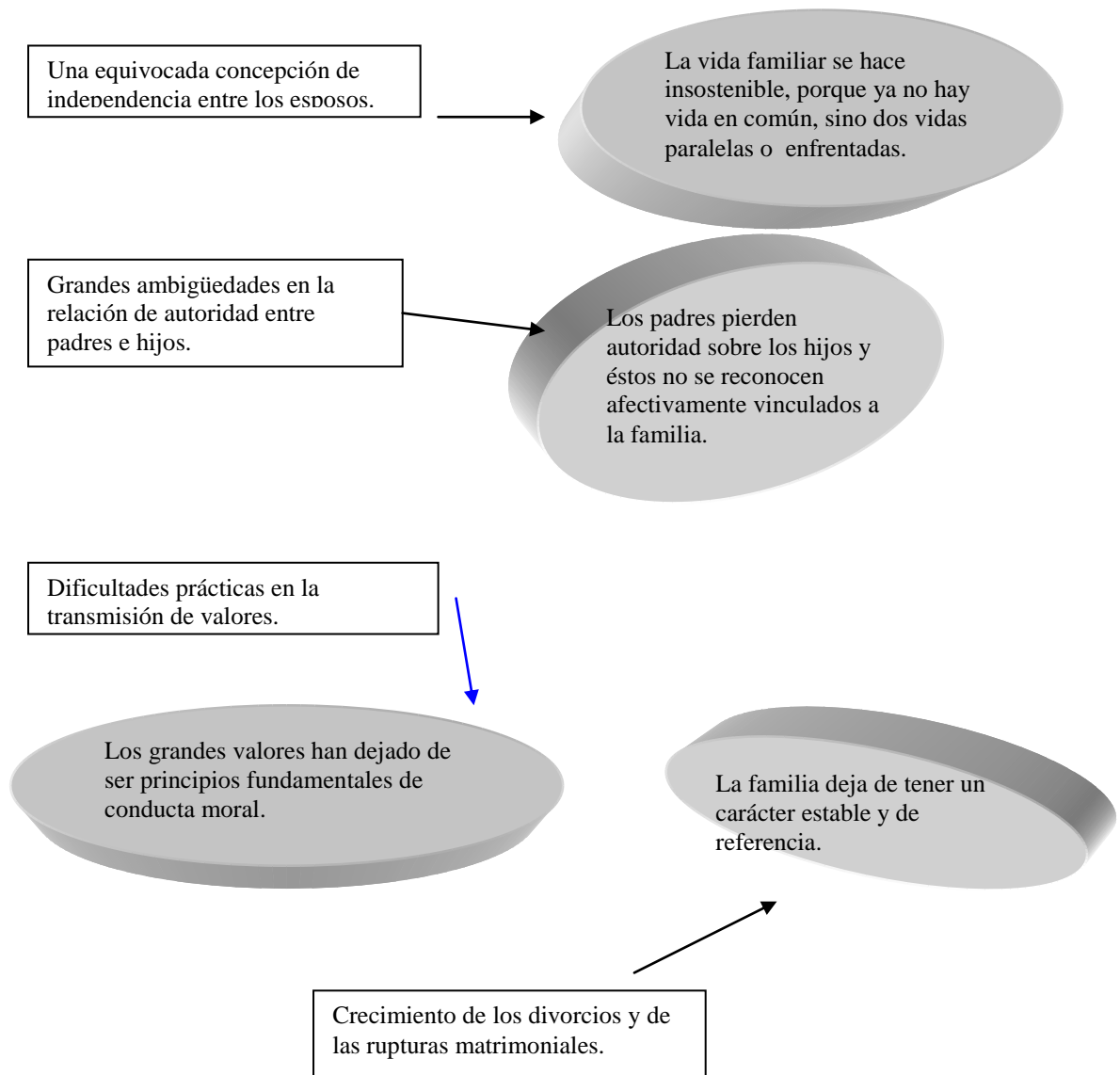
Principales aportaciones de la institución familiar en el proceso de maduración de las personas y en el desarrollo de la misma sociedad:

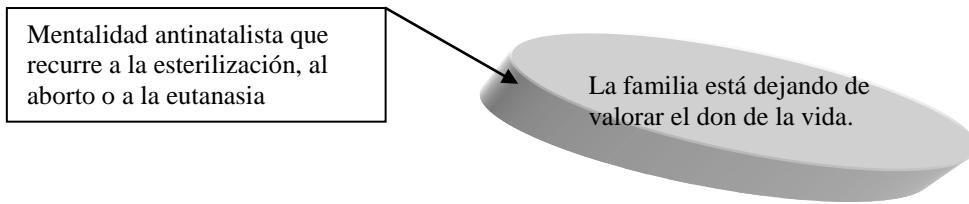
- **Las personas crecen y maduran en cuanto personas en la familia.** Es su lugar natural y el instrumento más eficaz de humanización. En ella los esposos viven la experiencia del amor total y personal, se entregan el uno al otro y descubren la correspondencia a esta donación generosa. Se desarrolla el

mutuo respeto entre las personas a través de sentimientos, afectos e intereses recíprocos. Se vive la gozosa experiencia de la vida que nace y se desarrolla. Es en el hogar familiar donde el amor y la aceptación entre todos están por encima de la edad y las diferencias personales.

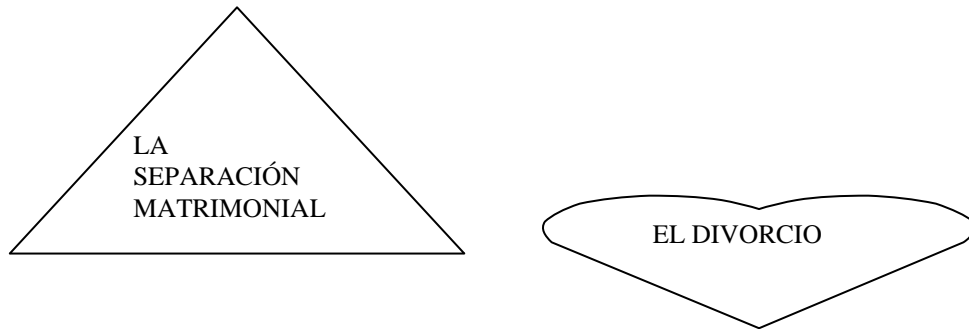
- **La familia es célula fundamental de la sociedad.** En ella nacen los miembros de la sociedad, y en ella encuentran la primera escuela de las virtudes sociales que son el alma de la vida y del desarrollo de la sociedad. Para que la familia pueda colaborar de manera original y profunda en la construcción del mundo, la sociedad debe reconocer y salvaguardar sus derechos. Fundar una familia y mantenerla. La intimidad de la vida conyugal y familiar. La estabilidad del vínculo y de la institución matrimonial. Educar a sus hijos de acuerdo a sus propias tradiciones y valores religiosos y culturales.

DIFICULTADES SOCIALES DE LA FAMILIA.





Sin duda en nuestra sociedad la ruptura matrimonial está siendo una de las principales causas de destrucción familiar. Socialmente se produce esta ruptura por:



Junto a estas tres formas de ruptura familiar, hay otras:

- * La carencia de los medios materiales o culturales para llevar una vida digna de personas.
- El desarraigo familiar de sus miembros por instabilidades laborales, sociales o personales.
- La infidelidad de alguno de los cónyuges.
- Las agresiones físicas o psíquicas que pueden sufrirse en la familia.

EL MATRIMONIO, FUNDAMENTO DE LA FAMILIA.

- **El matrimonio tiene su origen en Dios (Gén 1,28).**
- **El matrimonio es uno e indisoluble (Mc 19,6).**
- **El matrimonio es imagen de la Alianza entre Dios y el pueblo de Israel.**
- **Los que se casen que lo hagan en el Señor (1Cor 7,39).**
- **El matrimonio es un gran misterio: se le puede comparar al amor de Cristo y la Iglesia (Ef 5,21).**
- **El matrimonio se fundamenta en el amor de entrega (Ef 5,21).**

Por tanto, la Iglesia confiesa que Jesucristo ha constituido el matrimonio como Sacramento.

COMPROMISOS MATRIMONIALES.



SER FIELES EL UNO AL OTRO MIENTRAS VIVAN

El auténtico amor tiende por sí mismo a ser algo definitivo, no pasajero. Dios por su parte garantiza a los esposos la gracia sacramental para la unidad y la indisolubilidad.



RECIBIR LIBRE Y RESPONSABLEMENTE LOS HIJOS

Por su propia naturaleza la institución matrimonial está ordenada a la procreación y a la educación de los hijos. El amor conyugal de los esposos, colaboradores de Dios al servicio de la vida está destinado a prolongarse suscitando nuevas vidas.



EDUCAR HUMANA Y CRISTIANAMENTE A LOS HIJOS.

La familia cristiana es el lugar donde los hijos crecen y se desarrollan hasta alcanzar la madurez en cuanto personas y creyentes. El derecho-deber educativo de los padres es esencial; original y primario respecto de otros deberes; e insustituible.

EL MATRIMONIO DE LOS CRISTIANOS

RITO

- LECTURA DE LA PALABRA DE DIOS.
- ESCRUTINIOS. Los esposos son preguntados.
 - 1.- Si actúan libremente.
 - 2.- Si aceptan la indisolubilidad del matrimonio.
 - 3.- Si se comprometen a recibir y educar cristianamente a los hijos.
- CONSENTIMIENTO. Cada uno de los contrayentes, entre otras fórmulas dice:

“Yo N. te quiero a ti, N. como esposo (esposa) y me entrego a ti, y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida”.

- ENTREGA DE LOS ANILLOS Y DE LAS ARRAS.

Al ponerse los anillos se dicen:

“Recibe esta alianza, en señal de mi amor y fidelidad”.

Al entregarse las arras dicen

“Recibe estas arras como prenda de la bendición de Dios y signo de los bienes que vamos a compartir”.

La Iglesia recomienda ardientemente a quienes deseen contraer matrimonio:

- Preparar la celebración participando en actividades de formación sobre el matrimonio, la familia y la vida cristiana.
- Recibir el sacramento de la penitencia antes del matrimonio y celebrar el matrimonio dentro de la celebración de la Eucaristía.
- Participar como matrimonio cristiano en la comunidad cristiana.

TEMA 3: EL SACRAMENTO DEL ORDEN.

OBJETIVOS.

Analizaremos la función sacerdotal, los ministros de Dios y su función sacramental.

LOS APÓSTOLES Y SUS COLABORADORES.

Jesús al iniciar su vida pública, elige a doce apóstoles. *Lc 6, 12-13.*
Los llama para encargarles la misma misión que Él había recibido del Padre, y así continuar en el tiempo su obra. *Jn 20,21.*

El Evangelio de San Marcos destaca que Jesús llamó a los que Él quiso, y se fueron con Él significando con ese detalle que a partir de ese momento se inició un largo periodo de formación e intimidad con Él.

Momento importante es el de la institución de la EUCARISTÍA, cuando los DOCE recibieron el poder de celebrarla. También los DOCE reciben de Jesús el poder de predicar el Evangelio y el de ser pastores del Pueblo a ellos encomendado.

Más tarde los apóstoles eligieron obispos para que les sucedieran en la misión a la que habían sido llamados. Al extender el Evangelio iban creando comunidades cristianas a cuyo servicio designaban presbíteros, para que siguieran predicando, administrando los sacramentos y teniendo cuidado pastoral de ellas. *Tito 1,5.*

Los apóstoles al transmitir este poder, eran conscientes de que actuaban conforme al mandato de Cristo: constituir a otros varones como sucesores suyos mediante la imposición de las manos. Lo hacían siguiendo un rito que integraba estos elementos. *2 Tim 1,6:*

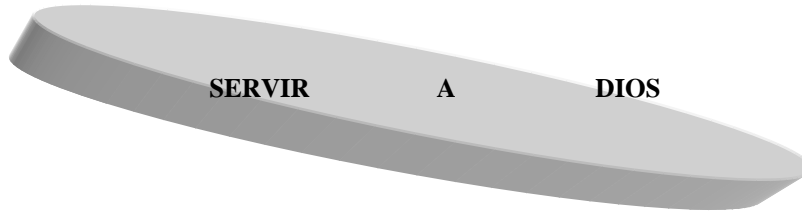
- *Hacían una oración.*
- *Les entregaban las enseñanzas apostólicas.*
- *Hacían la confesión de la fe.*

PARA UNA TAREA DE SERVICIO.

Hablar de sacerdocio es hablar de ministerio. Y ministerio significa **SERVICIO**. Por eso, la vida del sacerdote es fundamentalmente una vida de servicio.

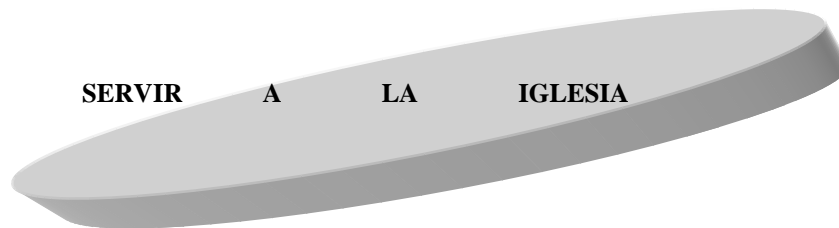
“A los presbíteros en esa comunidad, yo, presbítero como ellos, testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que va a manifestarse, os exhorto: sed pastores del rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, gobernándolo no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con generosidad; no como déspotas sobre la heredad de Dios, sino convirtiéndoos en modelos del rebaño. Y cuando aparezca el Supremo Pastor, recibiréis la corona de gloria que no se marchita”.

Este servicio tiene una triple dimensión:



Todo sumo sacerdote, escogido de entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios; para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. **Heb 5, 1.**

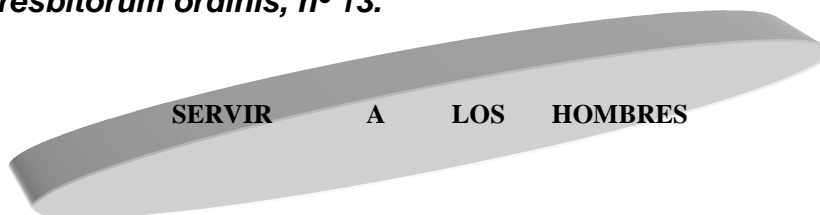
El fin que los presbíteros persiguen con su ministerio y vida es procurar la gloria de Dios Padre en Cristo. Esta gloria consiste en que los hombres reciben consciente, libre y agradecidamente la obra de Dios, acabada en Cristo y la manifiestan en su vida entera. **Concilio Vaticano II, Presbiterorum ordinis, nº 2.**



Sirven a la Iglesia al hacer presente en el tiempo el misterio salvador de Cristo a ella entregado. Los sacerdotes no son propietarios de cuanto hacen, sino administradores de este tesoro salvador que enriquece a la Iglesia. Por tanto, los sacerdotes sirven a la Iglesia al:

- Anunciar la fe.
- Celebrar los sacramentos.
- Acompañar a los cristianos en el seguimiento de Jesús.

Los presbíteros, como rectores de la comunidad, practican la ascesis propia del pastor de almas, renunciando a sus propios intereses, no buscando su utilidad particular, sino la de muchos, a fin de que se salven. **Concilio Vaticano II, Presbiterorum ordinis, nº 13.**



Los sacerdotes participan de las preocupaciones que agitan hoy a la sociedad y que inciden en el campo de los valores, como son la justicia, la paz,

la liberación, etc. Ahora bien, esta participación la llevan a cabo como servidores y mensajeros de la verdad y:

Al regir y apacentar al Pueblo de Dios, se sienten movidos por la caridad del buen Pastor a dar su vida por sus ovejas, prontos también al supremo sacrificio, a ejemplo de los sacerdotes que, aun en nuestros días, no han rehusado dar su vida. **Concilio Vaticano II, *Presbiterum ordinis*, nº 13.**

EL SACERDOCIO MINISTERIAL

- **DIÁCONOS:** Es el primer grado para el sacerdocio. Algunos no llegan a ser presbíteros y permanecen como diáconos permanentes. Los apóstoles los incorporan a su ministerio para que colaboren con ellos en el ejercicio de la caridad (Hech 6,17). No son sacerdotes, pero sí ministros de Cristo y de la Iglesia.
- **PRESBÍTEROS:** Desde el principio los apóstoles confieren el sacramento del orden. “En cada Iglesia designaban presbíteros (Hech 14,23). Por este sacramento participan del sacerdocio de Cristo; se les llama comúnmente sacerdotes.
- **OBISPOS:** Son los sucesores de los apóstoles y pastores de las Iglesias particulares. Reciben en la ordenación episcopal la plenitud del sacerdocio. Son los únicos que pueden comunicar la “gracia del ministerio” a otros.

El sacerdocio ministerial “es el sacramento gracias al cual la misión confiada por Cristo a sus apóstoles sigue siendo ejercida en la Iglesia hasta el fin de los tiempos”. Catecismo de la Iglesia Católica, nº 1.536.

LA VIDA SACERDOTAL.

PERSONAS
DE
ORACIÓN.

El sacerdote tiene el deber de orar siempre. Su vida está consagrada a la oración de alabanza y de petición por la Iglesia y por las personas que le han sido encomendadas.

DESPRENDIDOS

Aunque los sacerdotes no están obligados por el voto de pobreza como los religiosos, han de vivir la pobreza voluntaria para imitar mejor a Cristo.

OBEDIENTES

El sacerdote hace entrega de su voluntad al servicio de Dios y de sus hermanos, aceptando y cumpliendo con espíritu de fe lo que se manda o recomienda por parte del Obispo o del Sumo Pontífice.

CÉLIBES

El sacerdote se compromete a vivir la perfecta y perpetua continencia por amor del Reino de los cielos. El celibato es, efecto, signo y estímulo de la caridad pastoral y fuente de fecundidad espiritual.

ESTUDIOSOS
Y
CULTOS

El sacerdote en todo el momento debe estar capacitado para anunciar al hombre de su tiempo la integridad del mensaje evangélico y dar respuesta desde la fe a cuantas cuestiones le sean planteadas.

LAS VOCACIONES SACERDOTALES

“Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, anunciando el evangelio del Reino y curando las enfermedades y todas las dolencias. Al ver a las gentes, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: la mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies”. Mt 9, 35-38.

TEMA 4. EL CRISTIANO ANTE LOS BIENES MATERIALES. DESTINO UNIVERSAL DE LOS BIENES

OBJETIVOS.

*Veremos el papel real de las cosas materiales para los cristianos.
Observaremos que la propiedad es una entelequia porque de este mundo
no nos llevamos nada. Aprenderemos que el cristiano tiene en su ADN el
servir y compartir para identificarse plenamente con Jesucristo.*

Dios ha puesto en manos de los hombres los bienes de la tierra con un triple encargo: de cuidarlos, dominarlos por medio del trabajo y beneficiarse de sus frutos.

La entrega de estos bienes es a todos los hombres, de todos los tiempos y en todos los lugares. No es a unos pocos, ni para beneficio de los más privilegiados. Es para todos, y la creación es tan abundante y rica que de ella se puede beneficiar toda la humanidad.

Sin embargo, con frecuencia, esto no es así; porque unos pocos se aprovechan de la mayoría de los bienes, mientras otros muchos carecen de ellos. Por eso, la Iglesia siempre ha insistido con sus enseñanzas en que los bienes de la tierra tienen como destinatarios a todos los hombres. *Concilio Vaticano II, Gaudium et Spes, 69.*

El fundamento del destino universal de los bienes está en la paternidad universal de Dios. De ella nace la fraternidad de todos los hombres obligados a compartir lo que se tiene con los demás, especialmente con los más pobres y necesitados. Desgraciadamente hoy la humanidad padece un desequilibrio en la distribución equitativa de los bienes.

LA PROPIEDAD PRIVADA

Al mismo tiempo cada persona tiene derecho a poseer como propios los bienes que obtiene por un trabajo o los que recibe por herencia o por regalo. Es lo que se llama propiedad privada que Dios confía al individuo o a la familia.

Pero la propiedad privada no es un derecho absoluto, sino que está en función del bien social. Por eso, la persona propietaria de bienes no los debe poseer como exclusivamente suyos, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás.

La propiedad de un bien hace de su dueño un administrador de la providencia para hacerlo fructificar y comunicar sus beneficios a otros, ante todo a los más próximos. Catecismo de la Iglesia Católica n° 2.404.

Desde el punto de vista moral no es pecado poseer bienes, sino impedir su función social para beneficio de otro. Por eso, va contra la voluntad de Dios:

- Poseer bienes con ambición y para exclusivo disfrute egoísta.
- Negarse a desprenderse de lo necesario para ayudar a los más necesitados.
- Fomentar actitudes consumistas y acaparadoras de bienes de consumo y de producción.
- El egoísmo de los países ricos que se niegan a ayudar a los más pobres.

La Iglesia recomienda y manda el precepto de la limosna no sólo para remediar una inmediata necesidad ajena, sino para ayudar a que los más necesitados se capaciten para liberarse de la miseria. El que comparte con los demás sabe que su generosidad es una gracia, fruto del amor que viene de Dios.

DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA.



DIOS

Todo hombre tiene derecho a buscar, descubrir y vivir su relación con Dios en la vida social. En concreto, la sociedad debe respetar el derecho a la libertad religiosa.



UNO MISMO

Todo hombre tiene derecho al respeto de su dignidad humana. Por tanto, la sociedad debe evitar que la persona sea instrumentalizada o manipulada en perjuicio de su dignidad.



LOS DEMÁS

Las relaciones interpersonales deben ser guiadas por el bien común y la dignidad personal. En consecuencia, la sociedad debe promover la participación de las personas en las tareas sociales.

LAS COSAS

Las personas tienen la responsabilidad en la posesión, uso, transformación y distribución de las cosas según la justicia y la caridad. Por eso, la sociedad tiene el deber de salvaguardar las exigencias de la justicia a favor de las personas.

EL CRISTIANO Y LOS BIENES DE LA NATURALEZA

- **Defender y proteger toda clase de vida: vegetal, animal y humana, valorando más su bondad y su belleza.**
- **Cuidar las cosas creadas para hacer del planeta un lugar habitable.**
- **Evitar las acciones que lleven a la explotación irracional de la naturaleza a favor de unos simples intereses económicos inmediatos.**
- **No destruir, ensuciar o tratar desordenadamente cuanto hay en nuestro entorno natural.**

EL CRISTIANO Y LOS BIENES ECONÓMICOS

“Guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes. (Lc 12, 15-21).

La moral cristiana advierte de la inmoralidad de algunas acciones que nacen de la codicia:

- Acumular bienes para uno mismo, despojando a otros de lo que les pertenece o de aquellos bienes que le son necesarios.
- Robar o quitar algún bien ajeno contra la voluntad razonable de su dueño o defraudar a otro adulterando la mercancía objeto de un negocio legal.
- Retener injustamente el bien ajeno, como por ejemplo, pagar salarios injustos, defraudar en el ejercicio del comercio, especular con los precios, etc.
- Tener envidia de los bienes ajenos.

También la moral cristiana obliga a la restitución de lo robado, requisito para percibir el perdón.

El amor a los más pobres es una exigencia de la justicia de la caridad, pues no hacer partícipes a los pobres de los propios bienes, es robarles y quitarles la vida. Lo que poseemos no son bienes nuestros, sino los suyos (San Juan Crisóstomo). La Iglesia insiste constantemente en la práctica de las obras de misericordia.

EL CRISTIANO Y EL TRABAJO

Va en contra de la voluntad de Dios:

- Realizar un trabajo mal hecho.
- Pagar sueldos injustos, o permitir un trabajo en condiciones no dignas.
- No colaborar en la lucha contra el paro.
- No dedicar el tiempo necesario al descanso para atender a la vida familiar, social, cultural y religiosa.

Hay que esforzarse para que:

- Todos los hombres tengan en la sociedad un puesto de trabajo dignamente retribuido.
- Ningún trabajo constituya una humillación para nadie.
- Todos los hombres encuentren el trabajo más adecuado para sus capacidades.
- Las personas asuman la responsabilidad de contribuir al perfeccionamiento de la creación.
- Y, sobre todo, trabajen bien.

EL CRISTIANO Y LA CULTURA Y EDUCACIÓN.

La cultura y educación son bienes necesarios para la persona humana que no podrá alcanzar la adecuada dignidad si carece de ellas. Por eso, la sociedad debe procurar y proteger el derecho de cada persona a tener la educación y la cultura que la dignifiquen como tal.

Se llama cultura a todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales. Del valor de la cultura se derivan unas exigencias morales para las personas y para la sociedad. Éstas implican una obligación moral para que:

- La cultura sea verdaderamente “humana”, donde el “ser” prevalezca sobre el “tener”.
- La cultura contribuya a desarrollar y expresar la dimensión religiosa del hombre.

- La cultura sea para el hombre y no el hombre para la cultura. No sería verdadera cultura la que prescinde del bien del hombre.

La educación tiene como finalidad contribuir a que el hombre llegue a ser cada vez más perfecto, formando a la persona en orden a su fin último y al bien de la sociedad de la que forma parte. De la importancia de la educación para las personas se derivan una serie de deberes:

- Los padres tienen la obligación de educar a sus hijos; ellos son los primeros y principales educadores.
- La sociedad debe tutelar los derechos y los deberes de los padres y educadores en el cumplimiento de este deber, y suplirles cuando ellos no puedan atender estas tareas.
- Los niños y jóvenes tienen el deber de estudiar y aprovechar todos los medios para su educación.
- La Iglesia puede fundar instituciones educativas para contribuir a la formación de los ciudadanos.

TEMA 5. LOS CRISTIANOS AL SERVICIO DE LA VERDAD EL VALOR DE LA VERDAD

OBJETIVOS.

Analizaremos como la verdad (yo soy el camino, la verdad y la vida) es la génesis del comportamiento de todo cristiano y cristiana.

LA VERDAD EN LA
REALIZACIÓN
PERSONAL.

La persona está ordenada a alcanzar la verdad. Su inteligencia tiene como finalidad descubrir y conocer las cosas tales como son en la realidad. Esto es lo que permite al hombre ir alcanzando un mejor conocimiento de la realidad para poder actuar conforme a esta información.

LA VERDAD EN
LA
CONVIVENCIA
SOCIAL

Además, el hombre no sólo conoce la verdad, sino que puede transmitirla. Vivir en sociedad es tener capacidad de comunicación entre unos y otros; para que esta comunicación sea fructífera y favorezca la convivencia social, es preciso que:

- **Esté dirigida por el amor y la justicia. Las relaciones humanas se fundamentan en el respeto a la persona y la verdad.**
- **Se fundamente en la confianza que nace de la comunicación veraz y sincera entre unos y otros. Es imposible la convivencia si los seres humanos no tienen confianza entre sí.**

LOS CRISTIANOS ANTE LA VERDAD.

BUSCAR LA VERDAD

- Fomentar el deseo de conocer la verdad sobre las cosas y las personas.
 - Saber escuchar, leer, informarse...
 - Discernir entre las buenas y malas fuentes de información.

ACEPTAR LA VERDAD

- Estar disponible para
Aceptar la verdad
Sobre la realidad,
aunque no sea fácil ni cómodo.
 - Renunciar a la mentira.
 - Rectificar concepciones anteriores al conocer la verdad.

SER TESTIGOS DE LA VERDAD

- Procurar ser coherentes entre la verdad de las cosas, la conducta y la palabra.
 - Hacer lo que se dice.
 - Decir lo que se piensa.
 - Pensar lo que es recto.

DECIR LA VERDAD

- Tener una disposición para hacer y decir la verdad con amor y justicia.
 - Hablar con verdad.
 - Decir lo que se debe decir con amor y con justicia.

“NO AL FALSO TESTIMONIO Y LA MENTIRA”

Se considera testigo no sólo al que da testimonio de algo que ha visto y vivido, sino también a quien con su conducta muestra lo que es y lo que cree. En este sentido el cristiano está llamado a ser testigo del Evangelio y a transmitir con sus palabras y sus obras la fe que ha recibido, incluso con el martirio.

Para ser testigo de la verdad es necesario empeñarse en vivir:

- **LA VERACIDAD.** Es la virtud que lleva a decir la verdad y consiste en ser veraz en los propios actos, evitando la simulación y la hipocresía.
- **LA SINCERIDAD.** Jesús formula en el Evangelio la obligación de la sinceridad total. La sinceridad garantiza la autenticidad, que es hacer que los hechos se correspondan con las palabras y las promesas.

(1 Juan 3, 18-19). Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras. En esto conoceremos que somos de la verdad.

En el evangelio la mentira es presentada como uno de los mayores males para la persona y la convivencia entre los hombres. Jesús no duda en atribuir este mal al diablo, al que llama padre de la mentira:

Vosotros tenéis por padre al diablo y queréis realizar los deseos de vuestro padre. Él fue un asesino desde el principio, y no estaba con la verdad porque en él no existe la verdad. Cuando dice la mentira, le sale de dentro, porque es falso y padre de la mentira". (Juan 8,44).

La moral cristiana señala algunos de los principales pecados contra la verdad:

LA MENTIRA

Es decir lo contrario de lo que se piensa o se cree con intención de engañar. Es la ofensa más directa contra la verdad. La mentira daña a la propia persona, hace muy difícil la relación entre las personas y provoca un daño irreparable a la misma sociedad.

EL FALSO TESTIMONIO Y PERJURIO

Es mentir
Ante un
tribunal, comprometiendo gravemente el ejercicio de la
justicia.

LA CALUMNIA, LA MURMURACIÓN Y EL JUICIO TEMERARIO.

Son pecados contra la reputación de los otros. Desde quien atribuye cosas falsas contra la buena fama de los demás, o sin razón hace públicos los defectos del prójimo, hasta quien acepta sin fundamento defectos morales en los demás.

LA ADULACIÓN Y LA VANAGLORIA

Es atribuir Virtudes a los demás o a uno mismo, con la intención de obtener un beneficio, sabiendo que lo que se afirma es contra la verdad.

LA HIPOCRESÍA

Consiste en desear aparentar virtudes y valores que no se tienen para engañar a los demás y ganar en estima. Parece que el hipócrita actúa para Dios, pero sólo se busca a sí mismo.

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

La Iglesia enseña sobre los medios de comunicación social: la defensa del derecho de todos a conocer la verdad, la legítima libertad de los medios de comunicación social, la primacía del orden moral en la difusión de cuanto acontece y el deber de los destinatarios de formarse la conciencia ante estos medios.

Los medios de comunicación social sometidos a presiones sociales, económicas o políticas, pueden caer en la manipulación, el sensacionalismo, el intrusionismo, la inversión de valores o la relativización de la verdad y el bien.

TEMA 6. LLAMADOS A UNA VIDA PARA SIEMPRE

OBJETIVOS.

Recordaremos que un cristiano y una cristiana es consciente de lo que es la vida y que esta ha sido creada para siempre si la vivimos en unión a Cristo.

LA CERCANÍA DE DIOS.

Cuando el hombre y la mujer van creciendo y madurando en su interior, se preguntan, cada vez con más frecuencia, sobre el sentido de su vida. En algunos casos se experimenta impotencia para contestar satisfactoriamente a esa pregunta radical, y ello produce una cierta insatisfacción y temor. Pero, desde la sinceridad, es necesario encontrar alguna respuesta a este interrogante.

Algunos, los más incoherentes o miedosos, renuncian a buscar el sentido, por eso resulta preocupante que vaya tomando cierta carta de naturaleza la pura y simple desesperanza. No es extraño que la cultura descreída tienda a revelarse hoy como una cultura desesperanzada.

Otros, en cambio, no se resignan a desesperarse y emprenden un camino de búsqueda. Este camino también lo recorren, muchas veces, quienes ya tienen la luz de la fe, porque el camino de Dios al encuentro del hombre no suple el camino del hombre al encuentro con Dios.

Rastrean la creación y encuentran en ella las huellas imborrables de Dios. Porque es verdad que “su poder y su divinidad se hacen visibles en las cosas creadas” Rom 1, 19-20.

Descubren en la historia de la humanidad la presencia activa de Dios.

Encuentran en su corazón la cercanía de Dios que se experimenta más íntima y más elocuente. San Agustín lo descubrió dentro de sí:

*“Buscaba el camino y no lo encontraba.
Hasta que penetré en mi interior y, al entrar, vi
Con los ojos del alma, una luz extraordinaria.
Tú estabas dentro de mí y yo te buscaba fuera”.*
Confesiones.

EL DESEQUILIBRIO CONSTANTE.

El encuentro con Dios en el propio corazón produce, a la vez, dos sentimientos contrapuestos:

- Por una parte, la paz de su cercanía. Es verdad que la presencia de Dios crea paz interior.
- Pero, a la vez, esa misma presencia provoca una inquietud, una nostalgia. Hay alegría, pero falta todavía algo muy importante para ser feliz de verdad.

En el corazón del hombre hay, pues, un desequilibrio constante. El anhelo de felicidad es irrenunciable y, a la vez, es inalcanzable para las solas fuerzas del hombre.

El deseo de felicidad es común a todos: nadie renuncia al anhelo de vivir siempre y de vivir feliz. Pero esa felicidad, que con tanta sed busca, no se encuentra en la tierra. En la vida de muchos hombres se manifiesta esta experiencia. Pensaron encontrar en este mundo la felicidad, pero fracasaron: Buscaron el camino y no lo encontraron.

“El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con intento certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo. La semilla de eternidad que en sí lleva, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte”. Concilio Vaticano II, Gaudium et Spes, n° 18.

EL DON DE LA ESPERANZA

- La esperanza cristiana asume las ilusiones de los hombres, las purifica y las ordena a la meta definitiva.
- Protege al hombre del desaliento y le sostiene en todo desfallecimiento.
- Dilata el corazón del hombre en la espera de la bienaventuranza eterna; preserva del egoísmo y conduce a la caridad.

Por la revelación hecha por Cristo se puede descubrir el sentido de la riqueza y de la esperanza:

- Esperanza de RESURRECCIÓN, de superar el poder de la muerte y del pecado.
- Esperanza de PARTICIPAR EN LA GLORIA de Jesucristo.
- Esperanza de RECONCILIACIÓN con todas las criaturas, divididas y enemistadas por el pecado.
- Esperanza de UN CIELO NUEVO, UNA TIERRA NUEVA.

LA PÉRDIDA DE LA ESPERANZA.

La búsqueda de la felicidad, sólo en las cosas materiales, trae, necesariamente, antes o después, una profunda decepción que suele llevar a la desesperación.

La desesperanza es una de las más angustiosas enfermedades del corazón humano:

- Hace perder el sentido de la vida, de los acontecimientos e incluso de las personas.
- Todo pierde el valor que antes tenía o se le había dado.
- El suicidio se presenta, a veces, como la salida lógica a esa dramática situación.

LA PRESUNCIÓN.

Otro pecado contra la esperanza es la presunción. Suele ser fruto de la soberbia, de la autosuficiencia, de la autosatisfacción. El autosuficiente presume de sus capacidades. No necesita la ayuda de nadie:

El fariseo, en pie, oraba para sí de esta manera: ¡Oh Dios!, te doy gracias de que no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni como ese publicano. Ayuno dos veces a la semana, pago el diezmo de todo cuanto poseo". (Lc 18, 9-14).

Jesucristo describe en la parábola del fariseo y del publicano a los que “confiaban mucho en sí mismos, teniéndose por justos y despreciaban a los demás”. La oración del fariseo manifiesta su actitud presuntuosa.

OTRAS FORMAS DE FALSAS ESPERANZAS

El fracaso de muchas esperanzas puestas en el MATERIALISMO ha dado lugar al renacimiento de otras falsas esperanzas, que parecían superadas, como creencias ancestrales y supersticiones para intentar saciar la cada vez mayor demanda de esperanza.

“Y paradójicamente, junto a la ciencia y la técnica más avanzada, florecen con cierto vigor la astrología, los horóscopos, la quiromancia, etc. Al mismo tiempo, se recuperan, más o menos adaptadas, diversas formas de antiguas creencias sobre la supervivencia del hombre, tales como la reencarnación”. *Comisión para la Doctrina de la Fe, Documento sobre escatología.*

NUESTRA ESPERANZA ES JESÚS RESUCITADO.

La esperanza se apoya, como la fe, en la RESURRECCIÓN DE JESÚS. **“¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí,**

ha resucitado (Lc 24, 5-6). El anuncio de los ángeles, proclamado en aquella mañana de Pascua, junto al sepulcro vacío, ha llegado a través de los siglos hasta nosotros. Este anuncio nos propone el motivo esencial de nuestra esperanza.

La resurrección de Jesús no ha sido sólo el final feliz de un destino personal, el de Cristo, sino que, además, es anticipo y modelo de un destino común, el de los suyos. Desde entonces, la historia humana es un tiempo de esperanza.

Para los cristianos la historia camina hacia una solución final. “**El día del Señor**”, el de la “vuelta en majestad”, será el día final de la historia humana.

“Sólo el Padre conoce el día y la hora en que tendrá lugar; sólo Él decidirá su advenimiento. Entonces Él pronunciará por medio de su Hijo Jesucristo, su palabra definitiva sobre toda la historia. Nosotros conoceremos el sentido último de toda la obra de la creación y de toda la economía de la salvación, y comprenderemos los caminos admirables por los que su Providencia habrá conducido todas las cosas a su fin último””*Catecismo de la Iglesia Católica, n° 1.040.*

Por eso, la Iglesia tiene necesidad de anunciar de nuevo, en medio de nuestro mundo, la esperanza hecha carne: Jesucristo crucificado y resucitado, con la seguridad que ofrece su palabra:

“No temas: Yo soy el primero y el último, Yo soy el que vive. Estaba muerto, y ya ves, vivo por los siglos; y tengo las llaves de la muerte y del infierno”. *Apocalipsis 1, 17-18.*

SABER ESPERAR

La esperanza cristiana está orientada hacia Jesucristo resucitado. Aunque peregrinamos hacia otra patria, los cristianos saben que caminan hacia ella por la esperanza, por eso, “debemos hacer provisión de esperanza si queremos marchar con paso firme y seguro por el duro camino que nos espera. **Pablo VI, Discurso 9-12-1.975.**

La esperanza es la virtud del caminante. En medio de las dificultades, a ejemplo de Abrahán, el cristiano cree “contra toda esperanza” y hace suya la explicación que ofrece **Juan Pablo II:**

“¿Cómo puede suceder esto? Sucede porque se aferra a tres verdades: Dios es omnipotente. Dios me ama inmensamente. Dios es fiel a las promesas. Y es Él, el Dios de las misericordias, quien enciende en mí la confianza; por lo cual yo no me siento ni solo, ni inútil, ni abandonado, sino implicado en un destino de salvación que desembocará un día en el Paraíso. *Discurso 20-IX-1.978.*

En la vida del cristiano se mantiene así una tensión: el ya de la presencia del Reino de Dios y, a la vez, permanece en vela aguardando la plenitud de ese Reino en el mundo venidero.

El Concilio Vaticano II ha recordado estos dos aspectos de la vida cristiana: la esperanza en un futuro y la certeza de que ese futuro esperado ha comenzado ya en el presente:

La plenitud de los tiempos ha llegado, pues, hasta nosotros y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y empieza a realizarse en cierto modo en el siglo presente. Por tanto, mientras moramos en este cuerpo, vivimos en el destierro, lejos del Señor, y aunque poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior y ansiamos estar con Cristo". *Lumen Gentium, n°48.*

PARA VIVIR LA ESPERANZA

VELAR

El creyente vela, a fin de vivir en la noche, sin ser de la noche. Velar es estar vigilante, luchar contra la pereza y la negligencia a fin de conseguir aquello que se persigue, recordando las palabras de Jesús: ***“Cuidado con que nadie os extravíe. Vendrán muchos usurpando mi nombre, diciendo: Yo soy el Mesías, y extraviarán a mucha gente” Mt 24, 4-5.***

ASEGURAR LA FE

Creer y esperar son aspectos inseparables de la vida del creyente. ***“Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe. Probaos a vosotros mismos. ¿No reconocéis que Jesucristo está en vosotros?”. 2 Cor 13,5.***

VIVIR LA ALEGRÍA

La alegría es fruto de la esperanza: “Vivid alegres con la esperanza” (Rom 12,12). Por eso San Pablo desea que “el Dios de la esperanza os llene de cumplida alegría y paz en la fe para que abundéis en esperanza por la virtud del Espíritu Santo” (Rom 15,13). Juan Pablo II confirma este convencimiento: “Incluso frente a las dificultades de la vida presente y ante dolorosas experiencias de prevaricaciones y de fallos del hombre en la historia, la esperanza es la fuente del optimismo cristiano” (Discurso 27-V-1.992).

TEMA 7. SENTIDO CRISTIANO DEL DOLOR Y DE LA MUERTE. LA REALIDAD DE LA MUERTE

OBJETIVOS.

Entender la vida y la muerte como algo natural para poder vivir realmente.

La muerte es una realidad cotidiana sobre la que no es fácil hoy hablar; parece un asunto desagradable, de mal gusto. Un profundo desconcierto y tristeza invade el corazón. El Concilio Vaticano II expresa con claridad lo que sucede al hombre ante la realidad de la muerte:

“El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo. La semilla de eternidad que en sí lleva, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte. Todos los esfuerzos de la técnica moderna, por muy útiles que sean, no pueden calmar esta ansiedad del hombre: la prórroga de la longevidad que hoy proporciona la biología no puede satisfacer ese deseo del más allá que surge ineluctablemente del corazón humano”. Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, nº 18.

El texto conciliar usa unas expresiones, llenas de profundo significado, que no pueden pasar desapercibidas:

- El ser humano se resiste a aceptar el adiós definitivo.
- Existe en el hombre una semilla de eternidad que se levanta contra la muerte.
- Las aportaciones de las ciencias y las técnicas, especialmente la medicina, no le calman.

LA EXPERIENCIA DE LA MUERTE.

Todas las personas sufren la experiencia de la muerte, con la desaparición de familiares, amigos y conocidos. Noticias sobre la muerte, a veces como víctimas de accidentes o tragedias, abundan en los medios de comunicación social. Estos hechos desconciertan y son como una sacudida que pone a prueba la fe y la esperanza humana.

Ante la realidad de la muerte caben, entre otras, estas tres posturas más frecuentes que, a la vez, manifiestan los distintos sentidos que tiene la vida:

- Si el hombre es un ser para la muerte, la vida no tiene sentido, es una pasión inútil.
- Aceptar la idea de la reencarnación, es decir, morir para volver a nacer en otro ser.
- La muerte encuentra su sentido en Dios, que es el Señor de la vida y de la muerte.

EL SENTIDO CRISTIANO DE LA MUERTE

- **La muerte corporal es natural.**
- **Jesucristo da sentido a la muerte.**
- **La actitud del cristiano ante la muerte.** La muerte debe ser aceptada con amor y esperanza. Se sabe que ella es el final del camino que el hombre hace en la tierra, donde concluye el tiempo de merecer y el tiempo de reparar. Termina el tiempo de gracia y de misericordia que Dios le ha concedido para decidir su último destino.

LA EXPERIENCIA DE LA ENFERMEDAD

Estar enfermo es una situación dura. La persona experimenta que algo violenta sus tendencias, sus gustos, su voluntad. Es un acontecimiento que no desea, pero que se le impone.

- La fatiga, la fiebre, el dolor físico invaden, como unos intrusos, los órganos del cuerpo.
- El enfermo siente la tentación de considerar su propio cuerpo como un obstáculo: “mi cuerpo está contra mí”.
- El dolor y el sufrimiento hacen que el enfermo esté tan pendiente de sí mismo que puede dificultar su relación con los demás.
- A la vez, siente una dependencia tan grande que modifica su propio carácter.
- Puede conducir a la angustia e incluso a la desesperación.

Sin embargo, el dolor y la enfermedad también pueden ayudar a los enfermos y a la sociedad a:

- **Conocerse y comprenderse mejor.** La enfermedad y el dolor es la mayor experiencia y comprensión de la

propia contingencia y de la necesidad de los otros. Quien antes se sentía fuerte y seguro percibe ahora la propia fragilidad y aparece, a veces, la idea de la muerte.

- **Madurar en cuanto personas.** La enfermedad hace a la persona más madura y le ayuda a saber discernir lo que es esencial en la vida de lo que no lo es.
- **Ayuda a la sociedad a ser sensible ante el sufrimiento de los demás.** Y a ser solícita para atender con especial generosidad a quien lo necesita.

EL SENTIDO CRISTIANO DEL DOLOR.

El cristiano debe combatir la enfermedad, como hace con la pobreza y la miseria. El plan salvador de Jesús que mira ante todo a la liberación del pecado, urge también a que la humanidad luche ardientemente para que desaparezca la enfermedad y el dolor, aunque sabemos que nunca se logra plenamente. Además, las personas que están alrededor de los que sufren han de poner todo el esfuerzo para aliviar el dolor.

El cristiano vive su enfermedad cara a Dios y el dolor se convierte en camino de conversión, de perdón y de inmolación:

“Por su pasión y su muerte en la CRUZ, Cristo dio un sentido nuevo al sufrimiento: desde entonces éste nos configura con Él y nos une a su pasión redentora”.

LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS.

La Iglesia ha recibido del Señor el encargo de :”Sanad a los enfermos” (Mt 10,8) y procura cumplirlo tanto mediante el cuidado que proporciona a los enfermos como por la oración que los acompaña. Cree en la acción salvadora de Jesucristo, médico de las almas y de los cuerpos y, por ello, tiene un sacramento a favor de los enfermos, atestiguado en el Nuevo Testamento.

“¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren por él y le unjan con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe sanará al enfermo, y el Señor hará que se levante, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados”. Santiago 5, 14-15.

La unción de los enfermos no es sólo el sacramento de quienes se encuentran en los últimos momentos de su vida. Por

tanto, el tiempo oportuno para recibirlo comienza cuando el cristiano ya empieza a estar en peligro de muerte por enfermedad o vejez.

Concilio Vaticano II, Sacrosanctum Concilium, nº 73.

CELEBRAR LA SANTA UNCIÓN.

La Unción se puede celebrar en las casas, en el hospital o en la Iglesia. Los sacerdotes son los ministros propios de la Unción de los enfermos; su presencia es testimonio claro de su misión de pastor y padre.

La celebración litúrgica de la Unción tiene esta estructura:

- Lectura de la Palabra de Dios.
- Imposición de manos por parte del presbítero sobre el enfermo y oración.
- Unción con el óleo de los enfermos en la frente y en las manos a la vez que pronuncia las siguientes palabras:

“Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad”.

La comunidad cristiana, reducida muchas veces a los miembros de la familia, manifiesta que “cuando un miembro sufre, todos sufren con él” (1 Cor 12,26); ellos son la presencia cariñosa y la compañía de la Iglesia junto al enfermo.

Por el sacramento de la Unción de los enfermos se concede a los enfermos los siguientes dones:

- **Fortaleza para vencer.** Se recibe consuelo, paz y ánimo para vencer las dificultades de la enfermedad o vejez, contra las tentaciones de desaliento y angustia.
- **Perdón de los pecados.** Recibe el perdón de los pecados, si se dan las condiciones de dolor y arrepentimiento y el enfermo no ha podido obtenerlo por el sacramento de la Penitencia.
- **Unión a la Pasión del Señor.** Recibe la fuerza y el don de unirse más íntimamente a la Pasión de Cristo.
- **Una más íntimamente a la Iglesia.** La Iglesia intercede por el enfermo y éste, a su vez, contribuye a la santificación de la Iglesia y al bien de todos los hombres.

“El hombre, al enfermar gravemente, necesita de una especial gracia de Dios, para que, dominado por la angustia, no

desfallezca su ánimo, y sometido a la prueba, no se debilite su fe. Por eso, Cristo robustece a sus fieles enfermos con el sacramento de la Unción, fortaleciéndolos con una firmísima protección”.

TEMA 8. EL MÁS ALLÁ.

OBJETIVOS.

Analizaremos nuestra fe y nos daremos cuenta de que sin la creencia en el más allá y en la resurrección no tendría sentido.

CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

La fe cristiana lleva en su entraña la esperanza de resucitar a otra vida. En la experiencia de la enfermedad y de la muerte, el creyente aviva esta esperanza apoyado en las palabras que Jesús le dice a María en el momento de la muerte de su hermano Lázaro: **“Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?”**.

La aceptación de esta verdad central de la predicación de Jesús exige en los cristianos una fe y confianza tan grande en su palabra, que no es infrecuente que surjan dudas e incluso negación.

LOS MUERTOS RESUCITAN

Desde el principio, la fe cristiana en la resurrección ha encontrado incomprendimientos y oposiciones. Ya lo constataba San Agustín: “En ningún punto la fe cristiana encuentra más contradicción que en la resurrección de la carne”.

Sin embargo, esta verdad es tan fundamental para la fe que, con palabras de TERTULIANO, se puede afirmar: “La resurrección de los muertos es esperanza de los cristianos: somos cristianos por creer en ella”.

Ya el mismo Jesús se encaraba con los saduceos, que negaban claramente la resurrección, diciéndoles: “estáis equivocados porque no entendéis la Escritura ni el poder de Dios”, y termina la discusión con una pregunta: “¿No habéis leído en el libro de Moisés, en el episodio de la Zarza, lo que dijo Dios: Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob? No es Dios de muertos sino de vivos. Estáis muy equivocados. Mc 12, 24-27.

San Pablo más tarde, hace ver a algunos cristianos de la comunidad de Corinto que se resisten a aceptar esta verdad que la resurrección de los muertos está garantizada por la resurrección de Jesús: “¿Cómo es que dice alguno de vosotros que los muertos no resucitan? Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó y si Cristo no ha resucitado nuestra predicación carece de sentido y

vuestra fe lo mismo.... ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos: el primero de todos". (1 Cor 15, 12-20).

La Iglesia proclama y confiesa esta verdad al afirmar en el Credo: **“Creo en la resurrección de la carne”** y celebra en la liturgia de difuntos cuando dice: “Porque la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma”. *Prefacio de la Misa de difuntos.*

LA FE EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

La fe de la Iglesia en la resurrección de la carne se concreta en la siguiente afirmación:

Creemos que todos los seres humanos resucitarán al fin del mundo con sus propios cuerpos.

- **Creemos que todos resucitarán.** Todos los hombres que han muerto: “Los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación” (Jn 5,29).
- **Con su propio cuerpo.** Después de la muerte no habrá solamente vida del alma inmortal, sino que también nuestros cuerpos mortales volverán a tener vida. Catecismo de la Iglesia Católica, nº 990.
- **Al fin del mundo.** La resurrección de los muertos está íntimamente asociada a la venida de Cristo: “El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar”. (1 Tesal 4,16).

La resurrección de la carne, al fin del mundo, es el triunfo pleno de Jesucristo. Esta su segunda venida será gloriosa y victoriosa; será un día grande para todos los que creyeron en Él y se mantuvieron fieles a su palabra.

“Pues Él mismo, el Señor, cuando se dé la orden, a la voz del arcángel y al son de la trompeta divina, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que aún vivimos, seremos arrebatados con ellos en la nube, al encuentro del Señor, en el aire. Y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos pues mutuamente con estas palabras”. 1 Tesal 4,15-18.

Esta es la fe creída y recordada por la Iglesia en su oración por los difuntos:

Recuerda a tu hijo a quien llamaste

De este mundo a tu presencia:

Concédele que, así como ha compartido ya

La muerte de Jesucristo,

***Comparta también con él
La gloria de la Resurrección,
Cuando Cristo haga resurgir de la tierra a los muertos,
Y transforme nuestro cuerpo frágil
En cuerpo glorioso como el suyo.
Y a nuestros hermanos difuntos
Y a cuantos murieron en tu amistad
Recíbelos en tu Reino,
Donde esperamos gozar todos juntos
De la plenitud eterna de tu gloria;
Allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos,
Porque, al contemplarte como tú eres,
Dios nuestro,
Seremos para siempre semejantes a ti
Y cantaremos eternamente tus alabanzas.
(Plegaria eucarística III).***

JUZGADOS EN EL AMOR

Mientras las personas están en el mundo pueden revocar y cambiar el rumbo de sus vidas. Llegada la muerte, la decisión de cada uno queda cerrada y fija para siempre. Con la muerte, se hace definitiva la orientación que se ha dado a la vida.

“Es necesario que todos seamos puestos al descubierto ante el tribunal de Cristo, para que cada cual reciba conforme a lo que hizo durante su vida mortal, el bien o el mal”.
2 Cor 5,10.

EL JUICIO DE DIOS

El juicio sobre nuestra vida se realizará inmediatamente después de la muerte. A éste se le conoce como JUICIO PARTICULAR para distinguirlo del JUICIO UNIVERSAL, en el cual se confirma públicamente el destino de cada persona.

ESTE JUICIO DE DIOS:

- **No produce temor.** El juicio de la vida hecho ante Dios, que es Padre, lleno de ternura y misericordia, no puede producir temor al creyente: “En esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros: en que tengamos confianza en el día del juicio, pues como Él es, así somos

nosotros en este mundo. No hay temor en el amor, sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor mira el castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud del amor". 1 Jn 4, 17-18.

- **Dios juzga en verdad y justicia.** La historia de la salvación manifiesta, por una parte, el derecho de Dios a juzgar a los hombres. Pero por otra parte, ese juicio ofrece toda la confianza, porque Dios no juzga por apariencia, sino que sondea las entrañas y los corazones, y nos conoce perfectamente. De ahí la seguridad de saberse en manos de Dios que juzga con justicia: "Para mí lo de menos es que me pidáis cuenta vosotros o un tribunal humano; ni siquiera yo me pido cuentas. La conciencia, es verdad, no me remuerde; pero tampoco por eso quedo absuelto: mi juez es el Señor. 1 Cor 4, 3-4.
- **Dios no condena.** El juicio de Dios no es el que hace el hombre culpable o inocente. Es el hombre el que toma la decisión; Dios, en su juicio, revelará el secreto del corazón del hombre y las decisiones que tomó en su vida. En este sentido afirma San Juan: Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para juzgar al Mundo, sino que el mundo se salve por Él. El que cree en Él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. El juicio consiste en esto: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas". Juan 3, 17-19.

JUICIO SOBRE EL AMOR QUE SE HA VIVIDO.

Se puede afirmar que el criterio o punto de referencia que presidirá el juicio de Dios será el amor.

***"A la tarde de la vida te examinarán en el amor".
San Juan de la Cruz.***

Será un juicio sobre:

***El amor a Dios.** “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas”. Mt 22,37.

“El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama. Y el que me ama, será amado por mi Padre y yo le amaré y me manifestaré a él”. Jn 14,21.

***El amor al prójimo.** “Éste es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos mandamientos pende toda la Ley y los Profetas”. Mt 22, 39-40.

Para Jesucristo, el amor al prójimo tiene el mismo valor que el amor a Dios, porque Él mismo se identifica con ese prójimo, ya que “cuanto hicisteis a uno de esos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis” Mt 25,40.

Así, quienes han descubierto a Cristo en el prójimo y han demostrado ese amor con obras, serán reconocidos por Jesucristo. Quienes, al contrario, han rechazado el amor a Dios, volviendo la espalda a sus hermanos, escucharán la voz de Jesucristo: “En verdad os digo, no os conozco” Mt 25,12.

TEMA 9. EL DESTINO FINAL.

OBJETIVOS.

Haremos una revisión del sentido de nuestra libertad, de nuestra fe, del objetivo de nuestra vida en unión con Jesucristo.

EL MISTERIO DE LA LIBERTAD.

Dios ha creado libre al hombre, para que pueda escoger la vida, aun a riesgo de que a veces prefiera la muerte, para que elija la luz, a un a riesgo de que pueda escoger la oscuridad; para que busque el “agua viva”, aun a riesgo de que decida no calmar su sed:

“Dios ha querido dejar al hombre en manos de su propia decisión para que así busque espontáneamente a su Creador y, adhiriéndose libremente a éste, alcance la plena y bienaventurada perfección”. *Concilio Vaticano II, Gaudium et Spes, nº 17.*

Dios ha querido que el hombre sea el protagonista de su propia existencia, de su propia realización. Gracias a la libertad, el hombre puede llegar a ser verdaderamente hombre e hijo de Dios.

LA LIBERTAD, DON Y CONQUISTA.

La libertad es uno de los mayores regalos que Dios ha hecho al hombre: es un don, pero a la vez es una conquista.

1. La libertad, don de Dios. El hombre está llamado a amar y ser amado; a darse a sí mismo a Dios y a los demás, para encontrar la propia realización y, por tanto, la verdadera felicidad. Pero el amor, la amistad y la felicidad sólo son posibles en libertad.

La libertad hace siempre relación a la responsabilidad y el amor; a la amistad y a la bondad. Es verdad que también hace relación al rechazo, al odio, a la maldad.

También esa misma libertad es un riesgo, porque puede rechazar el plan de Dios, puede vivir en la indiferencia con Dios y con los demás, puede incluso llegar a odiar; es decir, puede hacer el mal. Ese es, al fin y al cabo, el pecado; rechazar libremente el amor de amistad que Dios ofrece gratuitamente al hombre y para siempre.

2. La libertad es también una conquista. La libertad es un don, pero es, además, una tarea, una conquista. Es decir, el

hombre puede ver amenazada su libertad por presiones que recibe desde fuera o por coacciones que experimenta desde dentro y pretende dominarlo, por ejemplo; el egoísmo, el apetito de placer, el afán de riquezas y poder, la presión del ambiente, el respeto humano, el ejemplo de los demás, etc.

La conquista de la libertad se presenta como una de las empresas más importantes en la vida del hombre, que supone un esfuerzo continuo.

Cuando falta ese esfuerzo –que se llama lucha ascética-, no se pueden buscar culpables fuera de uno mismo: el ambiente, lo que hace la mayoría o, incluso, el pensamiento de que lo ha permitido Dios, para no tener que asumir la responsabilidad que exige la libertad. La palabra de Dios condena esa actitud:

“No digas: Mi pecado viene de Dios, porque él no hace lo que odia; no digas, él me ha extraviado, porque no necesita de hombres inocuos; el Señor aborrece la maldad y la blasfemia, los que temen a Dios no caen en ella: EL Señor creó al hombre al principio y lo entregó en poder de su albedrío; si quieres, guardarás sus mandatos, porque es prudente cumplir su voluntad; ante ti están puestos fuego y agua: echa mano a lo que quieras; delante del hombre están muerte y vida; le darán lo que él escoja”. Eclesiástico 15, 11-17.

La libertad, por tanto, madura con la victoria sobre los propios egoísmos. La libertad verdadera hace más verdadero el amor y, lógicamente, engrandece la dignidad humana.

LA LIBERTAD Y LA GRACIA

Se necesita la ayuda de Dios para lograr que la libertad no quede limitada por presiones exteriores e interiores. La auténtica libertad humana se alcanza cuando el hombre, con la ayuda de la gracia de Dios, se esfuerza por ser fiel a su conciencia, fiel a la verdad, fiel en definitiva a la palabra de Jesucristo:

“El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica, se parece a aquel hombre prudente, que edificó su casa sobre roca”. Mt 7,24.

Hasta el último instante de la vida del hombre, Dios le estará ofreciendo su salvación, su misericordia y su gracia:

“Dios odia el pecado, pero no al pecador: nadie, por tanto, mientras peregrina por este mundo, puede desesperar de su misericordia y paciencia infinitas”. Catecismo, Ésta es nuestra fe, p.214.

Pero a pesar de la gracia, en libertad, el hombre puede seguir cerrado sobre sí mismo, de espaldas al proyecto de Dios, puede dar un “no” al proyecto salvador de Dios:

“Al que oiga mis palabras y no las cumpla, yo no le juzgo, porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo. El que rechaza y no acepta mis palabras, tiene quien le juzgue: la palabra que yo he pronunciado, esa lo juzgará en el último día”. Jn 12, 47-48.

EL RECHAZO DEFINITIVO DE DIOS: EL INFIERNO.

El hombre puede usar mal de su libertad y rechazar a Dios. Este rechazo es para siempre desde el momento de la muerte: a este estado se llama INFIERNO.

“La posibilidad de que el hombre se obstine en rechazar el amor de Dios hasta la muerte, no es pura y simple fantasía”. Catecismo, Ésta es nuestra fe, p.214.

LA EXISTENCIA DEL INFIERNO.

Para que haya infierno, no es necesario que Dios lo haya creado. Basta con que haya hombres que decidan vivir su vida al margen de Dios, aunque Él haya optado por el hombre, por la vida, no por la muerte.

“Morir en pecado mortal sin estar arrepentido, ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección. Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra infierno”. Catecismo de la Iglesia Católica, nº 1.033.

El infierno es el egoísmo llevado a término, porque quien no ha querido amar ha renunciado también a ser amado. Ésta es la dramática soledad que produce el infierno.

Juan Pablo II afirma “Es un misterio verdaderamente inescrutable entre la santidad de Dios y la conciencia del hombre”.

LA EXISTENCIA DEL CIELO.

La vida del hombre en la tierra, en medio de la tristeza y del dolor, con alegrías y gozos, se apoya en la esperanza de la resurrección. El creyente tiene la certeza de que ha sido creado para ir al cielo donde alcanzará el cumplimiento de su esperanza.

“Dios enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto ni dolor. Porque lo de antes ha pasado. Y el que está sentado en el trono dijo: Todo lo hago de nuevo”.
Ap 21, 4-5.

La Iglesia cree firmemente que quienes han muerto en amistad con Dios, estarán con Cristo y vivirán para siempre con Él en el cielo, contemplando a Dios como Él es, con gozo y en comunión con todos los elegidos.

La Sagrada Escritura habla del cielo con bellas imágenes para expresar la felicidad de los justos después de la muerte y terminada su purificación: vida, luz, banquete de bodas, vino del reino, casa del Padre, Jerusalén celeste, paraíso.

Pero ni siquiera las imágenes agotan el misterio del cielo hasta el punto de que San Pablo afirma sobre el cielo:

“Lo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman”. 1 Cor 2,9.

El cielo es un estado, no un lugar. Cuando desde la fe se habla del cielo no se refiere a un “lugar”, sino al estado de felicidad completa:

“Vivir en el cielo es ‘estar con Cristo’. Los elegidos viven ‘en Él’ aún más, tienen allí, o mejor, encuentran allí su verdadera identidad, su propio nombre”. Catecismo de la Iglesia Católica, nº 1.025.

En realidad el cielo se encuentra donde está Dios, donde Él reina. Sólo Dios será el centro de la comunión y el gozo:

“Ya no habrá noche, ni necesitarán luz las lámparas ni el sol, porque el Señor Dios irradiará luz sobre ellos”.
Apocalipsis 22,5.

LA GLORIA DEL CIELO

El Nuevo Testamento llama al cielo ‘vida eterna’, vivir siempre y en plenitud en la intimidad y cercanía de Dios. El cielo, por tanto, es vivir.

“En la felicidad propia de Dios y también en el disfrute con todos los bienaventurados de la paz y la alegría sin fin que procura la visión de Dios. La vida eterna es culminación de nuestra actual vida de gracia en Jesucristo y en el Espíritu Santo, que empieza ya aquí en la tierra como una semilla”.
Catecismo, Ésta es nuestra fe, p.210.

En el cielo se alcanza en plenitud la culminación de las grandes aspiraciones que el hombre tiene:

LA UNIÓN DE TODOS LOS HOMBRES

El Apocalipsis habla de la universalidad del Reino de los cielos:

“Después miré y había una muchedumbre inmensa que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas”. (Ap 7, 9-10).

LA ALEGRÍA

La alegría es el signo del cielo, donde resuenan las canciones alegres del tiempo de salvación:

“Y vi también... a los que habían triunfado... llevando las cítaras de Dios”. (Ap 15, 2-3).

LA UNIÓN CON DIOS PARA SIEMPRE

La alianza entre Dios y el hombre, destruida por el pecado, queda ya plenamente perpetuada:

“Y escuché una voz potente que decía desde el trono: Ésta es la morada de Dios con los hombres: acamparé entre ellos. Ellos serán mi pueblo y Dios estará con ellos y será su Dios”. (Ap 21, 2-3).

El cielo es, pues, la meta definitiva del hombre y supere con mucho la realización de sus aspiraciones más profundas. Es, por tanto, el estado supremo y definitivo de felicidad.

El apocalipsis hace referencia a María, la madre de Jesús, triunfante en el cielo y Reina de todos los santos. Ella es la imagen de la Iglesia y Ella le precede en el triunfo.

“Apareció una figura portentosa en el cielo: una mujer vestida de sol, la luna por pedestal, coronada con doce estrellas”. (Ap 12,1).